

# Las puertas

DOI: 10.19136/cz.a15n31.5698

Rodrigo Solano\*

Francisco se levantó agitado, el reloj marcaba las tres en punto de la madrugada, Clara, su esposa, a su lado dormía apaciblemente, él ya sentado en el borde de la cama, trataba de regular su respiración, después de un rato mirando fijamente a una de las paredes de la recámara se levantó para ir al balcón, como lo hacía regularmente pues los ataques de ansiedad solían darle de noche y en donde se recluía era ahí, en su pequeño rincón con vista a la piscina, el reflejo de la luz nocturna en el agua lo ponía a pensar, lo relajaba, en esta ocasión, miró hacia el cielo y estaba nublado, el viento comenzaba azotar y a golpear con intensidad.

Francisco volvió a la cama creyéndose mejor y al mirar la hora se dio cuenta de que el reloj seguía marcando las tres de la mañana, revisó las baterías, intentó apagarlo, quitarle las pilas y por último se decidió por ir a la bodega para averiguar porqué el reloj no parecía tener forma de apagarse, pero por más que forzaba la puerta, no se abría, espantado miró nuevamente el reloj. “Es la hora de tu muerte” Le dijo una voz desde lo oscuro de la recámara, Francisco volteó en dirección de la voz, y de la oscuridad una mujer con piel blanca, ojos negros y vestido de lino se le acercó, se paró junto a él y abrió la puerta, ésta lo invitó a pasar. Del otro lado de la puerta había luz, una luz blanca que no deslumbraba pero tampoco permitía ver nada más, Francisco sabía que no podía escapar, la fuerza que lo atraía solo era equiparable al deseo de no morir nunca, dio unos pasos y la luz lo envolvió cegándolo, se sintió como cuando se es empujado a una poza sin previo aviso, la sensación de ahogo lo atormentó apenas un recuerdo. Para cuando volvió en sí, La Mujer de piel blanca lo esperaba en un pasillo repleto de puertas en ambas partes, no había bordes más allá de las formas rectangulares, solo una luz blanquecina que iluminaba todo el lugar.

Cada una de las puertas tenía un color distinto, ninguno se repetía; verdes, azules, violetas, rosas y colores que él nunca en su anterior estado pudiera concebir alguna vez, detrás de sí la puerta por donde llegó no estaba, la mujer le explicó que ese pasillo era la antesala a su destino final, el verdade-

ro final, un último recorrido por los momentos más profundos de su vida, él decidía si ver qué había detrás de cada puerta o si solo seguía adelante en su recorrido. Francisco comenzó a caminar mientras la mujer le advertía que existía el riesgo de quedarse inmerso en alguno de los recuerdos y no salir jamás, él no dudó y comenzó a hurgar en cada puerta.

Al principio entraba con interés en cada uno de los momentos, analizaba y recordaba afectuosamente lo que pasaba, se puso la regla de no durar más de cinco minutos en cada puerta, así que le pidió ayuda a la mujer, y ésta le proporcionó un pequeño reloj de arena con el que medía el tiempo, así fue saltando de puerta en puerta hasta que se cansó, y ya indiferente a lo que encontraba detrás de cada puerta decidió ser más selectivo con las que elegía, si tenían un color muy distintivo o que le llamara la atención, entonces sí la abría.

Cada momento parecía más superfluo que el anterior y se preguntaba si de verdad había tenido una vida tan aburrida, decidió entonces comenzar a platicar con La Mujer y ella, callada hasta ese momento, parecía estar esperando esa invitación, y le reveló que las puertas no eran necesariamente, todos, momentos importantes, o no al menos desde la perspectiva de él mismo “Todos los momentos de una vida tienen una profundidad incalculable, pero el hombre solo le ofrece importancia a unos pocos” le decía ella.

Ya cansado dejó de husmear en su propia vida y solo se dedicó a platicar con La Mujer mientras veía cómo el pasillo no parecía tener fin, en eso vio una puerta de un color negro áspero y espeso, casi como si fuera un portal, si no fuera por la chapa no se distinguiría su naturaleza de madera, se paró frente a ella y la mujer lo alentó a entrar. Ya adentro, la luz del lugar lo cegó momentáneamente, le costó un poco recuperar la vista pero lo hizo, para entonces ya sentía el calor del sol de mediodía y la sensación estática de los días calurosos de su infancia, se encontraba en el campo, frente a la casa donde creció, frente a la vivienda; un árbol de maculís y un par de cuajilotes, debajo, en la sombra y en un espacio libre de pasto, el Francisco niño junto a su hermano, ambos sentados en la tierra jugando eso; tierra, con sus tractores de juguete simulando hacer un camino, en eso su hermano se levantó con un fruto de cuajilote en la mano y le dio un golpe con el fruto a Francisco, y lo repitió, para cuando Francisco se cansó del maltrato y se levantó para vengarse su hermano ya había emprendido la huida. La Mujer reía con lo que ocurría, igual Francisco gesticuló una sonrisa, no entendía porque esa puerta parecía tan diferente y resultó en algo tan banal, para cuando salió de ahí, volvió una última mirada y vio a su hermano arriba de una mata de guayaba lanzándole guayabas verdes a Francisco mientras él hacía lo propio con piedras.

Ya de vuelta en el pasillo comenzó a prestarle más atención a las facciones de la misteriosa mujer, tenía miedo de preguntarle su nombre, después de otro rato en silencio ella comenzó a caminar más rápido, dejando atrás a Francisco, hasta que se detuvo en una puerta blanca que tenía la inscripción “Todo por amor se acaba”. Ella entró dejando a Francisco afuera, lo que lo inquietó pues hasta ese

momento ella no entraba a ningún momento antes que él, en el recuerdo la luz del sol abatía de nuevo el lugar, era un parque, era mediodía se escuchaba el canto de los pájaros mientras una versión joven de él, discutía con Julia, una exnovia de la universidad, él hacía ademanes intentando explicarle algo, ella, cansada por estar debajo del sol, lo miraba con un rostro duro y resignado, como si escuchara a un ladrón decir que no robó aun cuando lo acababa de hacer, Francisco comenzó a recordar, él le acababa de comentar que se sentía inseguro con ella, que necesitaba toda su atención y ella no se la daba, él sabía que eso era mentira, después de esa ruptura no esperó mucho tiempo para irse con Ingrid.

En medio de la discusión, La Mujer sentada bajo un árbol, observaba todo y cuando todo terminó, Francisco Joven y Julia, cada quien se fue por su lado, unos niños pasaron jugando con su pelota, el reloj de arena, impaciente, anunciaba el fin, regresaron. Cuando Francisco cerró la puerta un grito agónico se escuchó, no se distinguía de donde provenía, pero se alargó hasta perder la vida, aun sin entender, Francisco quería preguntarle a su acompañante sobre ese sonido tan aterrador, pero sin previo aviso volvió a sonar y luego, de manera abrupta, se hizo el silencio, la puerta de la que había salido se desvaneció y quedó un espacio vacío. La mujer continuó caminando como si nada, la siguió, pero no podía pasar por alto lo que ocurrió, *¿Qué fue eso?* Preguntó, a lo que ella le respondió con otra pregunta; *¿La amabas?*

Cuando parecía ya haber recuperado la calma, pensativo recordaba a su esposa, sus amores, *“siempre la amé, pero la dejé por un gusto, nunca volví a amar”* respondió finalmente.

Comenzó a contarle su vida, a unir puntos, historias y momentos, su andar parecía infinito. Francisco llegó a pensar que ese era su infierno, vivir eternamente recorriendo sus recuerdos, aunque hasta ese punto no se sentía arrepentido de nada, las rodillas comenzaban a dolerle y en ocasiones le costaba seguirle el ritmo a La Mujer, la que después de varias insistencias, se resistía a decir su nombre, luego de un tiempo él dejó de preguntar y aceptó verla como alguien sin nombre.

La sinceridad se hacía más presente en su plática, la cual, ya pasada de las cosas superfluas comenzaba a mostrar el verdadero rostro de Francisco, *“Nunca supe cuándo mi vida se fue al carajo”* decía, y ella veía cómo con el paso del tiempo y de las puertas él se envolvía más y más en un espiral de depresión y remordimiento, pero no lo aceptaba. Comenzó a perder su lucidez y en un momento dado decidió que no entraría a ningún otro momento *“Si es mi destino caminar para siempre en este pasillo que así sea”* dijo resignado, La mujer, viéndolo con su temple siempre sereno, se quedó parada frente a otra puerta, él entendió, debía entrar, la puerta, de color blanco tenía inscrito el número 4.

Era de noche, ya ni recordaba exactamente de dónde era esa playa, la infinidad de veces que iba a una playa a pensar lo confundía, se vio a sí mismo iluminado por las luces de su suburbano, vestía de traje y llevaba una chaqueta encima, miraba el mar frente a él, el muelle estaba vacío, con las rodillas adoloridas trataba de caminar hacia el otro Francisco, en ese momento otra camioneta llegó y un hombre

de traje bajó a hablar con él, “Ah, es Carlos” recordó, en ese momento quedó helado al recordar la ocasión; habían atrapado al informante del Partido Social, quien trabajaba para él, “Hazlo” ordenó Francisco, Carlos con una mirada incrédula dudó, pero luego se subió a la camioneta y se fue, Francisco quería hablar, decirse algo, pero solo apretó los puños y los dientes y volteó hacia La Mujer, ella solo asintió, «Está bien, lo considerabas necesario, ¿O no?», enojado, Francisco lanzó el reloj de arena al suelo y azotó la puerta al salir.

«Aléjate de mí» insistía Francisco, intentaba guardar la distancia y el silencio a pesar de saber que no llegaría a ningún lado, comenzaba a flaquear, le costaba respirar, se escuchó otra vez el grito agónico, algunas puertas se abrieron y voces comenzaron a emerger de ellas, otras se prendieron en llamas, algunas se quebraban y desaparecían mientras de otras el viento escapaba furioso, Francisco entonces, cayó al suelo y vio sus manos, arrugadas, las examinó a detalle y para cuando alzo la mirada, una puerta cubierta de espejos le mostró su rostro arrugado y viejo, su pelo canoso y sus parpados inflamados. La Mujer lo alcanzó, abrió la puerta de espejos y con un ademán lo invitó a entrar, él con esfuerzo, se negó, ella se acercó y le habló al oído; «Mi nombre es...» Francisco comprendió, ella entró al momento, con todas sus fuerzas la siguió y se adentró en su recuerdo, detrás las puertas se consumían por una especie de masa negra que las devoraba lentamente.

Se encontró en la universidad, estaba vacía, era un atardecer mágico en el que el viento soplaba violentamente, era un aire primaveral, todos los salones estaban cerrados y las hojas en el suelo iban de un lugar a otro arremolinándose por todas partes. No veía por ningún lado a La Mujer, en cambio, se vio a sí mismo mientras iba por el sendero de salida, entonces recordó «Fue este día» «El día del fin del mundo, cuando todo cobró sentido y todo lo perdió» le dijo La Mujer detrás de él, tragó saliva y comenzó a seguirse a sí mismo, el viento comenzó a arreciar, quería hablarle pero no se alcanzaba, corrió y corrió, intentó gritar pero no salía nada de voz de su boca, el agua de los tinacos encima de los edificios comenzó a derramarse, el polvo se unía a las hojas para formar remolinos, una vez más emprendió la carrera, estaban a unos metros de la salida, comenzó a llover, las hojas comenzaron a caer de todos los árboles, Francisco iba tocar el hombro de su versión Joven, pero la mano de ella lo detuvo «el tiempo pasa, debemos regresar», lanzó una última mirada hacia sí mismo, con una sombrilla continuaba su camino, Francisco, respiraba con lentitud e intentaba no romper en llanto pero fue inevitable, La Mujer le prestó su hombro y lo consoló mientras la lluvia caía y el viento borraba toda hoja que hubiera en el suelo.

Para cuando regresaron al pasillo, no había ninguna puerta, solo una enfrente, era la más normal de todas, la que era de espejos, una vez cerrada, brotó de sí una inscripción que decía «El pájaro ha volado, el círculo se ha cerrado, todo ha sido anunciado» y se quebró en un instante, cayendo los pedazos al suelo.

«Bueno, hasta aquí llego yo» dijo La Mujer «¿Qué hay después de esto?» preguntó él, «No lo sé, un cie-

lo, tal vez, dudo mucho eso, o quizá el infierno, es probable, o tal vez nada, o, tal vez sea algo que nuestro conocimiento no pueda ni siquiera dilucidar, no lo sé», él no supo qué responder, se sentía cansado y ya no quería separarse de ella, para alargar la plática volvió a preguntar «¿Así acaba todo?» «Para ti, sí» contestó ella, «¿Cuándo termina para ti?» «Algún día, cuando todos los mundos mueran, ésta es mi prisión infinita hasta que la eternidad decida enviar todo al vacío, solo entonces seré libre, o no sé» le contestó en un tono calmado, él entonces miró a la puerta y decidió abrirla, volteó para despedirse, pero ella ya no estaba, solo una voz que le dijo «Adiós» y que se desvaneció rápidamente «Adiós» contestó él, y entró al lugar.

Era un día soleado, Francisco con sus botas de hule, su camisa de cuadros y su pantalón mezclilla manchados de tierra y lodo bebía tranquilamente bajo el caidizo, durante la noche leía y le daba de comer a su perro, un labrador viejo que aún tenía vigor en su andar y en su ladrar, el silencio de la noche lo dormía, descansaba profundamente y de mañana iba con “Lucio” su caballo, a adentrarse al rancho en busca de limones o leña, luego desayunaba junto a Aurelio, el perro.

Tras repetir la rutina de todos los días y ya a punto de desensillar a Lucio, esbozó una sonrisa y se subió de nuevo al caballo. Corrió y corrió montado en el caballo buscando el mejor punto del rancho para descansar, al correr el viento chocaba en su rostro y se sentía libre, corría y corría; era libre. Pero en un momento dado el caballo se detuvo, Francisco, consciente de que no era normal que Lucio se detuviera sin su orden, miraba a todos lados buscando la causa, en cambio, no veía más que los pastizales a lo lejos, la hierba que se extendía hasta el infinito en cualquier dirección que él mirara, frustrado comenzó a pensar, el sol estaba en su punto, lo iluminaba todo, nada escapaba de su calor.